

DANIEL KRINER

BIBLIA



LA HISTORIA
ESCONDIDA

DANIEL KRINER

BIBLIA

La Historia escondida

Aportes para una reconstrucción de la génesis
del judaísmo y del cristianismo primitivo
en los grandes relatos bíblicos

 Planeta

1 | Abraham: un viaje en busca de la emancipación

“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande”.

GÉNESIS 12

La figura de Abraham se erige como un personaje mítico, aunque tal vez en su nombre converjan los relatos de varias personas y se use su figura para dar cuenta del origen del pueblo de Israel. Para reconstruir su historia, me sirvo sobre todo del Génesis, el primer libro de la Torá hebrea, y exploro los nexos con las civilizaciones que lo rodean en ese lejano 2000 a. C.: la sumeria en su fase final, la amorrea prebabilónica y la egipcia, culturas que Abraham conoce durante sus viajes y su peregrinación.

Suele considerarse a Abraham como el precursor o creador de la religión judía, y su vida está marcada por temas fundamentales como la posteridad, la tierra y la espiritualidad. En la Torá, Dios lo llama a dejar la casa de su padre y a establecerse en la tierra de Canaán, prometida a él y a su descendencia.

El personaje y su entorno histórico

Abraham nace en Ur, una de las ciudades-estado sumerias del sur de la Mesopotamia fértil —en el actual Irak—, lugar en el que florecen alrededor del 4000 a. C. culturas sedentarias pioneras en el cultivo de cereales y la domesticación de animales. En Sumeria se crea la escritura cuneiforme cerca del 3200 a. C., y esta técnica que primero se utiliza para registros contables y más tarde evoluciona y permite la escritura de mitos y leyes, inaugura la historia como un relato organizado y duradero. La escritura, complemento de la lengua oral, nace de una compleja necesidad socioeconómica de registro y conocimiento, ligada de manera intrínseca a las circunstancias materiales de la sociedad.

Estas civilizaciones, como la sumeria, la acadia, la babilónica o la egipcia, se definen por su capacidad de dominar la naturaleza a través de la agricultura y por imponerse a las culturas vecinas, mientras que su organización social se estructura en torno a un regente todopoderoso, una aristocracia guerrera y sacerdotal, y clases manuales y esclavas. En ellas se usan por primera vez el calendario lunar, la rueda, el uso de equinos y el sistema de trueque.

El entorno de Abram

La vida de Abram —su nombre bíblico antes de conocer a Dios— transcurre después de la tercera dinastía de Ur, tras la caída del Imperio acadio, cuando los amorreos¹, tribus nómadas que viven en las fronteras, comienzan una infiltración progresiva en la sociedad mesopotámica. En ese momento existen dos grupos principales de amorreos: los nómadas que se asientan en Canaán y los que recorren el desierto entre Palmira y Mari, pastoreando su ganado, y que conviven parcialmente con los sumerios. Estos son considerados toscos y rústicos, y algunas tablillas arqueológicas de la época los describen como “moradores de tiendas castigados por el viento y la lluvia, desconocedores de la plegaria que no entierran a sus muertos y comen la carne cruda”.

El largo camino errante, la relación con Canaán y la naturaleza de su tribu sugieren que Abram es amorreo, o sea, semita, la cultura que da origen a la Asiria babilónica y de donde procede Hammurabi, el primer rey legislador, conocido

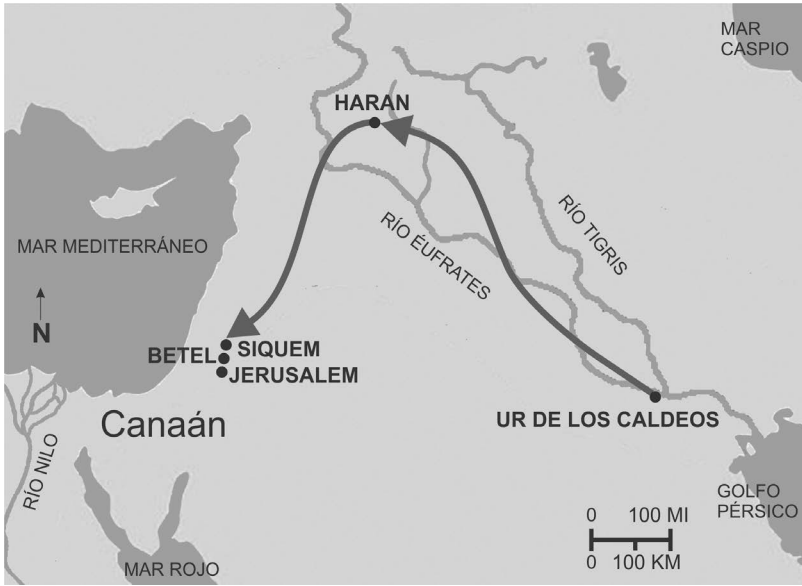
1. Entre las tribus originarias y más importantes de Canaán se encuentran los amorreos, un grupo semítico que establece ciudades-estado a partir del 2300 a. C. Los amorreos fueron un pueblo de origen semita constituido por tribus nómadas, en ocasiones belicosas, que ocupan Asiria, Canaán, la región al oeste del río Éufrates, y llegan a conquistar la ciudad de Babilonia. Se cree que el rey Hammurabi es descendiente de los amorreos.

por el código que lleva su nombre. Por consiguiente, Abram tiene una vida seminómada y sin una creencia religiosa definida. Aunque nace en Ur —famosa por su imponente zigurat, el templo desde donde los sacerdotes observan los astros—, su vida no transcurre allí, pese a que en ese lugar residió temporariamente su familia. Y esto lo distingue: en Abram vemos a un personaje capaz de elegir entre una vida nómada o una sedentaria, a alguien que conoce la vida con y sin plegaria, con la capacidad de escoger su propio camino. Así comienza su historia y su impacto en la humanidad.

Itinerario y singularidad

Abram parte de Ur y su viaje lo lleva hasta Harán, el lar de sus ancestros, en el extremo norte. Desde allí se dirige hacia el delta del Nilo, antes de regresar y finalmente morir en Hebrón, ciudad situada en la región de Canaán.

En este itinerario en el que recorre las primeras tres grandes culturas de la humanidad —la sumeria (con ciudades-estado independientes como Uruk, Larsa y Nippur), la asiria (con Babilonia y Akkad) y la egipcia—, se advierte un marcado contraste entre Abram, que se emancipa siguiendo sus orígenes nómadas, y los habitantes de las sociedades sedentarias, que nacen, viven y mueren en la misma ciudad. La peripecia de Abram encarna una libertad intrínseca: la del protagonista que elige hacia dónde van sus pasos.



Itinerario de Abraham desde el Sur de Sumeria hacia Canaán.

En su viaje, Abram regresa a sus raíces errantes, tanto cuando va hacia Harán, en donde viven familiares, como cuando visita Canaán, hogar original de los amorreos. Pero lo más revelador del relato bíblico es que se centra en una familia, incluyendo a sus mujeres y una detallada cronología de sus ancestros, es decir, una narración muy diferente a la de los relatos sumerios, en los que solo se enumeran reyes y periodos. Quizá esta sea la primera historia de vida que protagoniza un individuo, su familia y su tribu; una dimensión de la individualidad inexistente en la historia sumeria.

Por otro lado, el relato bíblico indica que Abram es un jefe tribal de importancia capaz de movilizar a 318 hombres para liberar del cautiverio a su sobrino Lot. Además, la relación cercana que mantiene con el faraón egipcio también sugiere que no es un nómada solitario más, sino el líder de un clan.

Dios y el sacrificio: el pacto fundante

En el libro del Génesis, Dios se presenta como guía de Abram, una voz que lo instruye a salir de Harán, en donde se ha establecido y prosperado, para ir hacia la tierra prometida. Después, Dios y Abram sellan un pacto de sangre: la circuncisión. En ese momento, Abram se convierte en Abraham. Esta marca indeleble y fundacional en la historia del pueblo judío evidencia raíces históricas atávicas y diferencia a este clan de todos los demás. Aunque la circuncisión pudo originarse en Egipto, en donde el griego Heródoto, padre de la Historia, la menciona como una práctica extendida, su profundo valor simbólico se desarrolla sin duda junto con la historia del pueblo hebreo, cuyo primer patriarca es Abraham.

Esta alianza sin intermediarios se distingue por completo de los ritos sumerios, realizados por sacerdotes para apaciguar a los dioses. El dios que se presenta ante Abraham es diferente: no es impersonal ni representa solo las fuerzas de

la naturaleza, tampoco es el dios de una ciudad o un lugar, sino que es uno que acompaña y asume su responsabilidad por una sola tribu, exigiendo obediencia y fidelidad. Es casi un dios propio, internalizado. Es un dios justo pero temible.

Por último, el nuevo dios le exige a Abraham sacrificar a su hijo Isaac, concebido en la vejez con Sara, la matriarca que había sido considerada estéril. Es decir, le pide el sacrificio del hijo más deseado. Este parece ser el acto culminante de una escena definitiva, un novedoso drama privado entre el hombre y su dios. Sin embargo, es más que eso, es una prueba póstuma de la fidelidad entre Dios y su pueblo. Al horror del filicidio se suma la tragedia de la muerte del infinitamente deseado. No existe peor sacrificio que el exigido, y aun así Abraham obedece. El relato es sobrecogedor y su intención, clara: el pacto con Dios debe cumplirse a ultranza. Los descendientes de este clan beduino aún hoy obedecen el mandato divino, y mientras las grandes civilizaciones de aquel tiempo fueron desapareciendo, ellos perduran.

La familia: un pilar fundamental

La familia de Abraham es central en el desarrollo de esta historia. Como ya indiqué, a diferencia de lo que ocurre en la civilización sumeria, en la que no hay relatos familiares, en este la familia se presenta como fundamental desde el inicio, cuando Abraham abandona a sus padres y parte con

su esposa (Sara) y su sobrino (Lot) hacia Canaán, hasta sus reiterados reclamos a Dios por no tener descendencia.

Abraham concibe primero a Ismael, considerado el padre de la civilización árabe, con Agar, la esclava de su esposa, y luego a Isaac con su amada Sara. La familia, con sus ancestros y sucesores, adquiere una importancia inédita e innovadora. La biografía de Abraham exhibe un aspecto familiar y tribal al parecer inexistente en las culturas circundantes.

Un episodio bíblico ilustra cómo las mujeres solían ser “moneda de cambio”: cuando Abraham va a Egipto, antes del pacto de sangre con Dios, le pide a Saray —el nombre original de Sara— que se presente como su hermana, por temor a que sus nuevos vecinos lo maten para quedarse con ella; finalmente, el faraón decide comprarla para su harén y a cambio Abraham recibe cuantiosos animales y siervos. Este relato se interpreta no como un menoscabo a la importancia de la familia, sino como la astucia beduina de Abraham para sobrevivir y enriquecerse bajo el orden de un regente. En el relato bíblico cuando el faraón descubre que Sara es casada, la devuelve a Abraham para que retorne con su familia.

Volviendo a la familia de Abraham, su hijo Isaac será el padre del patriarca Jacob, quien engendra doce hijos que darán nombre a las doce tribus de Israel. El *cuasi* sacrificio de Isaac es de vital importancia en el relato y en la historia del pueblo hebreo, y adquiere características únicas que destacan la importancia vital del pacto con Dios, que debe estar por encima de la familia. Los valores del pacto y la

familia caminarán juntos a lo largo de la historia hebraica. Por otro lado, el deseo de tener un hijo con Sara y su concreción demarcan la consanguinidad y el derecho consuetudinario de los judíos; la familia y la descendencia son de una importancia trascendental.

Abraham, Sara y su hijo Isaac son el foco del relato bíblico y la base familiar. Sin embargo, también está Ismael, el hijo mayor, quien, según la tradición musulmana, es el patriarca de la civilización árabe. Tras la muerte de Sara, Abraham se vuelve a casar y tiene seis hijos más. Esto sugiere que la familia retratada en la Biblia es más idealizada que real. Abraham es el jefe de un clan familiar, con muchas esposas y parientes que lo acompañan en su camino, y su capacidad de mando es clara al liberar a Lot con un pequeño ejército. Según el relato bíblico, Abraham muere a los 175 años y es enterrado en Hebrón con Sara y el resto de su familia en la tumba de los patriarcas.

Las numerosas tribus de Abraham

El relato bíblico presenta a un personaje con características nómadas y un profundo apego a su clan, cuyo caminar es incansable. La tribu nómada amorrea, coterránea de las civilizaciones sumeria, asiria y egipcia, está geográfica y culturalmente relacionada con la posterior cultura aramea, que comparte lengua con los hebreos. Ambos idiomas, hebreo

y arameo, son muy cercanos, y varios pasajes del Antiguo Testamento están escritos en arameo. Es muy probable que los hicsos —término que significa “señores extranjeros”—, quienes gobiernan Egipto entre 1650 y 1550 a. C., sean amorreos o descendientes de alguna tribu emparentada. El mítico Abraham, al parecer, vive uno o dos siglos antes.

Como jefe de su clan, Abraham es identificado como el patriarca de los judíos a través de su nieto Jacob, pero también de los árabes a través de Ismael, su primogénito. Ambas tradiciones consideran a Ismael el primer hijo de Abraham, pero mientras que la tradición judía prefiere a Isaac, los musulmanes ponderan a Ismael, el hijo de Abraham con Agar. La Torá considera que Isaac fue el elegido para el sacrificio; en cambio, los eruditos islámicos creen que fue Ismael. El Corán, escrito con posterioridad, muestra cómo los grandes relatos pueden variar según quién los narre.

Según la Torá, Abraham también es el patriarca de la tribu de los madianitas. Tras la muerte de Sara, toma como esposa a Quetura, con quien tiene seis hijos, entre ellos Madian. Los madianitas se asientan entre el sur de Canaán y el norte de Arabia, separados del Sinaí por un estrecho brazo del mar Rojo, y aparecen luego en la Torá a través de Jetro, el suegro de Moisés, que pertenece a esta tribu nómada.

La Torá revela cómo Abraham es el patriarca de varias naciones y religiones, lo que profundiza su verdadero valor como figura mítica. Su dios, que describo como personal

y propio, quizá sea el dios EL, supremo creador y principal deidad del panteón cananeo, un dios cuyo plural es Elohim, “aquel que en el principio creó los cielos y la tierra”, como aparece en el primer versículo del Génesis. Es importante destacar que Elohim es un plural para el dios de Israel, lo que da cuenta de cierta influencia politeísta arcaica.

En esta caracterización de la divinidad hay una cualidad espiritual: su incorporeidad. En siglos futuros, se le otorgarán las cualidades de omnipresencia y eternidad. No obstante, en el momento de su revelación predominan características más feroces, que se revelan cuando destruye Sodoma y Gomorra y en el pacto de sangre que establece con Abraham. Se trata de un dios que se muestra a imagen y semejanza de su tribu: ecuánime pero temible. Es decir, los relatos bíblicos muestran un orden en constante cambio, en el que se vislumbran las huellas de una tribu nómada politeísta y poco civilizada bajo el manto de un dios del desierto amenazador pero justo al que identifican como supremo en el curso de su historia.

Conclusiones: libertad y nuevo tiempo

El relato bíblico de Abraham debe interpretarse en dos niveles: en uno, de acuerdo a los conceptos y valores que transmite, y en otro, por lo que el narrador intenta provocar y comunicar. Al leer el mito de Abraham, se expone por pri-

mera vez la historia de un hombre y su familia —que no es rey ni noble ni sacerdote—, un hombre común que desafía el orden civilizatorio vigente eligiendo su propio destino y que atraviesa las grandes civilizaciones de su tiempo: nace en la antigua Sumeria, se dirige luego hacia Asiria y tiempo después de la tierra prometida (Canaán) hacia Egipto, para volver a Canaán (Hebrón) en busca de su propia tierra y libertad.

Con Abraham surge un nuevo enfoque para pensar y analizar las civilizaciones ancestrales, en el que prevalece el individuo y su familia. En contraste, los relatos previos solo ofrecen una tradición enumerativa dinástica de la realeza —documentada en muchísimas tablillas cuneiformes sumerias y asirias— y, en ocasiones, algún relato mítico heroico —como el de Gilgamesh o Sargón—.

Este cambio es posible gracias a dos nuevos elementos: la libertad y una nueva mirada sobre el tiempo. El protagonista deja de estar sujeto al tiempo monótono y circular de las primeras civilizaciones antiguas para definir su propio tiempo y cómo lidiar con él sin la autoridad real o sacerdotal que lo subyuga. Su alma indómita y rebelde lo lleva a lugares nuevos e insospechados.

El itinerario de emancipación de Abraham es sublime y quizá remite a la trayectoria de muchas de las tribus nómadas que él representa. Abraham es el patriarca de los nómadas semitas, sean amorreos por su nacimiento, hebreos por la descendencia de Isaac con Sara, arameos

por su idioma, madianitas por su segunda esposa o árabes siglos después por su hijo con Agar. Todos ellos están hermanados en la figura de Abraham.

La enorme fuerza del pacto de sangre, que es posible que haya sido posterior y resultado de la convivencia con Egipto, sella definitivamente la historia hebraica y su fidelidad monoteísta. La aparición del nuevo dios supremo resalta la unión individual con la divinidad todopoderosa, creando una nueva dimensión espiritual. La circuncisión y el sacrificio de Isaac son los hitos míticos que dejan una huella indeleble en el pueblo hebreo.

Las leyendas del libro del Génesis inauguran nuevos valores que dan otro sentido a la vida humana. Los narradores, siglos después, van a reescribir estos mitos no solo para volver a contar la leyenda, sino también para incorporar una dimensión espiritual. El relato de Abraham enfrenta al lector a una concepción inédita que destaca al hombre particular y a su destino, marcando profundamente no solo la historia de los hebreos, sino la de toda la humanidad.